

EL DIA DE ANTES

Para mí, el día de antes me devuelve a mi vida en el colegio, en la universidad, en la marina. Por eso le presento mi pasado, que siempre está presente, que no es olvidable, a través de un libro dedicado a mi nieto Nicanor. Seguiré escribiendo sobre este tema, pero no hoy. Aquí hay dos capítulos de mi libro.

EN EL COLEGIO

Arboles, María, pájaros, invierno, fuego, café, leche, radio, tarde, abuela, tejido, novela, cuento, noche, rosa, sueño, sensación, mañana, despertar, colegio, tristeza, ómnibus, ventanilla, tristeza, cielo gris, llegada, colegio, rejas, piano, solfeo, tristeza, oración, capilla, lujo, somnolencia, delantal blanco, tinta, mancha, penitencia, recreo.

Tenía razones para detestar el maldito colegio. No podía hablar con las manos adelante, sino recitar las lecciones con ellas cruzadas en la espalda; en el sentido opuesto al de orar. Sí, porque las manos desaparecían hacia atrás y la voz se perdía en el cerebro buscando imágenes para después salir por la nariz. El mentón se hundía contra el pecho pero sin humildad.

* * *

Hubo un recreo imborrable en el que María Cristina D... y yo nos quedamos en el aula de clase. Teníamos 6 años y estábamos en primer grado. Yo, como siempre, dibujaba y hablaba sola, porque los niños hablan solos, como los grandes, para consolarse mientras la imaginación teje cuentos, tal como las abuelas chalecos. Entonces vi a María Cristina tomar la lapicera de oro de Chiche, la hija de un aceitero rico. Sonó el timbre y salimos a formar, yo antes que ella para evitar pelotones bajo el cuadro del pobre Cristo en el gran patio, donde las filas se formaban rápidamente para entrar.

Sacamos los libros de lectura, había un OSO = O-S-O = OSO = O-SO; el dibujo mostraba una bellísima bestia dorada, con bigotes alegres y nariz negra, y pelos por todos lados. Se parecía, curiosamente, a mi osito de peluche, el que me llevara papá en vacaciones a Miramar. Los gritos y los llantos me llegaron suspendiendo la contemplación. Era mi compañera de banco, Chiche que lloraba, porque no encontraba su pluma de oro.

La hermana revisó los bancos uno por uno, así como las cajoneras. La lapicera de oro estaba en la mía. No hubiera podido denunciar ni culpar a María Cristina, pero nunca pude deshacerme del horror de la culpa que cayó sobre mí, ese día, a los 6 años. Ese día podrían decir todos que no pasó nada a excepción de ciertas lágrimas de sorpresa, si es que las hubo, aunque no creo, porque la sorpresa va siempre más allá del dolor.

Cincuenta años más tarde todavía recuerdo y sufro, con ciertas posiciones exageradas de la vida, la burda cicatriz formada a partir de la herida.

LA REVOLUCIÓN DEL 43

Me desperté como todas las mañanas, sin ganas de despertarme. Las lámparas rosa en ópalo, las paredes en seda verde, con flores y hojas. Sentía la dificultad de despertarme completamente. Mi abuela se desplazaba en el cuarto, creando en mí la sensación de que el mundo existía; que existía la acción y que yo podía entrar en ella. Apaciblemente, trataba de retener algunos minutos la sensación de paz, de no estar implicada.

Entonces venía mi madre y me ponía los zoquetes. Había que ir al colegio. Al ponerme de pie todo cambiaba: todo era vertical u horizontal. No habían cosas redondas ni movimientos

suaves. Desaparecía el seno maternal. Yo no quería aceptar la estridencia del exterior.

Sabía que era una niña vieja; que estas emociones no son las de todos los niños. Porque nací vieja y guardé la niña dentro para que no la lastimaran; para sacarla a la vida, libremente, cada vez que las condiciones climáticas y psicológicas del ambiente de los adultos que me rodeaban, lo permitían.

Mientras tomaba el desayuno –sin gustarlo casi, pero con hambre– en la gran cocina de familia, de hierro, enorme, ya se estaba preparando el caldo tradicional; el puchero de las familias grandes. Sentía el perfume de las verduras. Miraba a mi gobernanta y me preguntaba por qué ella era mi verdadero amor. Yo no hablaba. No hablaba, porque nunca hablo. Me gusta más observar que hablar.

¡Cuánto me costaba dejar la casa! En cinco minutos iba a sonar la bocina del ómnibus del colegio. Alguien encendía el radio. Una radio de los años cuarenta, grande y absolutamente fantasmática para mí. La radio era: la emoción de las novelas trágicas –como *El rosal de las ruinas*–, el estallido de la guerra mundial y la voz de Juan José Míguez, profunda, estremecedora, paternal. Mi abuela tejía, en las tardes, en el jardín de invierno cerca de ese radio. Peter Fox lo sabía: mi encuentro con el detective, en fin que aún hoy lo que más amo es quedarme en casa.

Al sonar la bocina yo salía corriendo: atravesaba la casa por la sala de música y el consultorio de mi padre; salía a la calle y subía al autobús que era azul y el conductor se llamaba Fano. El fue mi compañero y mi verdugo, desde los 5 hasta los 18 años. Porque no quise nunca el colegio. Amaba mi casa donde miraba vivir a los adultos. Fui un testigo –pero no un testigo infeliz por estar sola y sin hermanos– sino un testigo que tenía una larga vida, que tenía más capacidad para comprender que los adultos. Los veía debatirse en sus propios problemas internos, en sus luchas de poder. Comprendí rápidamente el sentido de apoyar al más frágil. Pero a mi niña interior la guardé muy bien. Ella no podía ser sino mi carta de triunfo. Y cincuenta años más tarde comprendo la fuerza incomparable de una historia de autenticidad.

Interpreté todos los papeles, acompañé a cada uno en su camino hasta el fin. Pero siempre tuve el instante para jugar a las muñecas, a los héroes, a los conquistadores. El niño es una entidad suprema; un arquetipo, una totalidad en situación de sorpresa, frente a un misterio a descubrir. Yo era el beduino del desierto, que acostaba su camello para no ser castigado por el simún o estaba sola, subida en un sillón del salón, cuyo respaldo era el camello; mi camello. Y vivía secretamente todas mis aventuras enfrente de unos adultos encerrados en sus propios problemas. Yo era la *Princesa de Aladino*, *Piel de asno* y *Lawrence de Arabia*.

Otro sillón constituía el bote en el cual me embarcaba cuando estaba cercada por los tiburones en un río de África. Y a palos de remo me defendía. Cuando llovía, en el jardín de la casa, cerca del pabellón de la servidumbre, mientras todos estaban adentro, me lanzaba bajo la lluvia, atravesando Rusia a caballo. Era una mezcla de angustia y gozo el ver las dos casas, al mismo tiempo. Hubiera querido vivir en el pabellón de servicio. El cuarto de mi gobernanta es el que más amé. En ese cuarto era la propietaria de un inmenso dominio. Nadie podía invadir mi territorio. Y la niña salía alegremente a vivir, estremecida de esa energía primordial que sin razonar comprendía.

La casa grande me obligaba a sentir cosas en el pecho que no me satisfacían; pero que sabía que tenía que aceptar: abuelito que ya no estaba, las inmensas bibliotecas que ya nadie leía, el armario con la cítara, los violines, el violoncelo y los demás instrumentos...

Me sorprende cómo todo pudo guardarse tanto tiempo, y cómo todo pudo destruirse tan

rápido. Porque a esa casa llegaron los bárbaros destruyendo siglos de cultura. Yo hubiera podido ser el papa que detuvo a Atila. Pero Atila medía en mi caso un metro ochenta, y yo era demasiado pequeña. Tal vez fue entonces que descubrí que no era todopoderosa. Pero siempre me dije: «Si hoy no los eres, mañana puedes serlo y guardaba mi niña bien adentro, y la dejaba jugar a las muñecas, a los héroes y a los conquistadores.»

Pero como siempre, «el colegio»: ley, sociedad, socialización. Enfundada en un uniforme gris-azul, medias negras, sombrero azul, zapatos negros, guantes blancos, ¡delantal blanco impecable! jugaba, durante el trayecto, a la libertad. Mirando la calle a través de la ventana, todo me atraía magníficamente. Y eso me permitía resignarme a estar sentada en un banco de la escuela.

Uno no puede esperar milagros; pero una vez que ocurre uno se los considera como algo natural. Se había declarado la revolución, el 4 de junio de 1943 derrocando al entonces presidente radical personalista Castillo. Entramos en el colegio y sin más, salimos. Los tanques del regimiento primero de infantería avanzaban hacia el norte y otros que venían de campo de Mayo se dirigían hacia el sur. Es decir, que nos mandaban a casa. Jamás fui tan feliz. ¡Era el milagro!

El presidente Castillo, quien había asumido el poder un año antes, se vio obligado a huir hacia el Uruguay, pero la nave en que viajaba fue devuelta y tuvo que firmar su renuncia. El movimiento fue consecuencia de la crisis político-económica de la Argentina: Estados Unidos entró a participar en la segunda guerra mundial y en ese año, Argentina era el único país americano que sostenía, todavía, relaciones con los países del eje.

Subida en la pared del antejardín, agarrada a los barrotes, con todo mi uniforme veía pasar los tanques. Esto ocurrió en Buenos Aires. Yo vivía en la calle Iberá en los números 2473 y 2465, a pocos metros de la avenida Cabildo al 3000. Los tanques pasaban, y, durante toda mi vida, cada vez que veo un tanque me representa la libertad y no la guerra. Hacía ciertamente frío, pero la niña se divirtió mucho subida en la pared, contemplando cosas que ni tan sólo hubiera podido imaginar. Aún veo las hojas del fin del otoño del año cuarenta y tres y a la izquierda los tanques que pasan. Cuando bajo la vista, tengo las hojas a mis pies, y, a pesar del ruido de los tanques, puedo escuchar el viento y el murmullo que hacen al caer. ¡Qué maravilla, soy libre!

Graciela PIVON-CIMETTI de MALEVILLE

Docteur en psychologie clinique et sociale
Psychanalyste, sociologue,
sophrologue

Chevalier de la Légion d'honneur